

# GUERRA, VIDA Y PENSAMIENTO; PAZ, MUERTE É IDEA

A.—«Nace el hombre al cansancio — y es peligro de muerte el nacimiento. — Prueba, pena y tormento — desde un principio; y en el comienzo mismo — padre y madre se ponen — á consolarle del haber nacido...»

B.— Qué, ¿ya estás otra vez con tu Leopardi?

A.— Sí; estoy ejercitándome á traducir aquel su estupendo *Canto nocturno de un pastor errante del Asia*.

B.— ¿Es que no hay cosa más adecuada á los tiempos que corremos?

A.— No la hay, en efecto. Y es muy cierto que el tiempo, ó, mejor dicho, la Historia, que no es más que la tragedia...

B.— Comedia acaso...

A.— Bien; ¡tragicomedia! La tragicomedia de la Historia corre hoy como nunca ha corrido. Es acaso una civilización que se descompone, y hemos de dar gracias al gran Empresario que nos ha hecho nacer á presenciar esta tragicómica descomposición.

B.— Pues yo creía que el pesimismo...

A.— Ya salió el motajo, la palabreja! Conque pesimismo, ¿eh? Lo pésimo es el sueño sin ensueños, es la siesta modorraña, y no el escalofrío de la tragedia. Esto es vivir...

B.— Y él, Leopardi, ¿se consoló de haber nacido á la fatiga, con riesgo de muerte, y condenado á ésta?

A.— Sí, se consoló. Y se consoló cantando su desconsuelo; llenó de inefables esperanzas su alma cantando su desesperación.

B.— ¿Pero Leopardi esperó?

A.— Esperó, sí. Esperó dejar su alma á sus hermanos en desgracia, y la dejó. Y quién sabe...

B.— Esc quién sabe... que encetas le faltó á Leopardi.

A.— Quién sabe...

B.— Pero hoy, dejando ya eso, creo que necesitamos los hombres civiles algo que nos reconforte, que nos vigorice, que nos anime...

A.— Pues nada reconforta, vigoriza ni anima más que eso que llamáis neciamente pesimismo. La lucha por la derrota innecesaria es la que exalta. *Vae victoribus!* ¡Ay de los vencedores! Y ay de ellos, porque se engañan.

B.— Pero ¿y la paz?...

A.— Sí, sí; los que os decís cristianos recordáis aquello de «paz para vosotros» cuando el Cristo resucitado se apareció á los suyos, y lo de «mi paz os dejo!» y aquella voz del cielo de «paz en la tierra!»; pero recordáis menos, no queréis recordar lo de «no penséis que he venido para poner paz en la tierra, sino espada; he venido á indisponer al hombre contra su padre, y á la hija contra su madre, y á la nuera contra su suegra», que son también palabras de la Palabra, del Cristo.

B.— Pero esas expresiones son contradictorias entre sí...

A.— Naturalmente, alma de Dios, naturalmente! ¡O mejor, humanamente! ¡Y hasta divinamente! El Evangelio es un divino tejido de contradicciones, como todo lo eternamente vivo, como todo lo vivo de verdad, como toda

verdad de vida. Lo que no es contradictorio dentro de sí, es muerto. Y esa paz que el Cristo deja á los suyos — «mi paz os dejo!» — es guerra, es paz dentro de la guerra, ó si queréis, guerra dentro de la paz. Y la tuya, la que tú ansias, ni es paz ni es guerra. «¿Dónde irá uno que no guerree?», dijo nuestro P. Baltasar Gracián, el jesuita del conceptismo. Y explicó, á su modo conceptuoso y apasionado, cómo la conciencia de cada hombre, que de veras lo sea, es un campo de batalla.

B.— Y esa guerra, ¿para qué?

A.— Para enseñorearse de todo...

B.— ¿Y ser vencido? Que así te explicas.

A.— Ah, ya! Entiendo lo que entiendes por señorío, que también tú estás en lo de la concepción materialista de la Historia, y tu paz es una paz materialista, y una guerra materialista tu guerra. No ha mucho que el gran novelista ruso Merezkowski, hablando en Varsovia, donde está prófugo de su patria, con Guido Manacorda, le decía á éste sobre el choque entre el capitalismo angloamericano y el bolchevismo ruso, que uno y otro son adoradores del Becerro de Oro, y le expresaba su esperanza y su fe en una exaltación de los puros valores del espíritu, y más propiamente en un renacimiento cristiano. Nos lo cuenta Manacorda en la *Nueva Antología* del 16 de Mayo de este año, que tienes ahí.

B.— Bueno; pero ¿cómo va á enseñorearse el hombre del universo?

A.— ¿Cómo? Oye á nuestro P. Baltasar Gracián. Dame ese cuadernillo de notas. Aquí está: tomado de la Crisi II de la primera parte de su *Criticón*. ¡Oye! «Mirad, advertid, sabed que el hombre lo he formado yo con mis manos, para criado mío y señor vuestro (esto se lo dice á los animales); y como Rey que es, pretende señorearlo todo; pero entiende, ¡oh hombre! — aquí hablando con él —, que esto ha de ser con la mente, no con el vientre; como persona, no como bestia.»

B.— Sí; pero tripas llevan corazón y cabeza, y aunque no sólo de pan vive el hombre, sino de palabra de Dios, sin pan no hay palabra.

A.— Di más bien que sin palabra de Dios, que no es una palabra cualquiera, no hay pan.

B.— Y la palabra de Dios, ¿no es la idea?

A.— Más bien el pensamiento, el pensamiento histórico, contradictorio, fluido, vivo; es la corriente que va del manantial de la cumbre al mar, y no el témpano, ni menos el diamante. La idea es muerte. Y recuerda lo que los ángeles que guardaban el sepulcro vacío del Cristo — Pensamiento y no Idea — dijeron á las piadosas mujeres que lo buscaban allí en el sepulcro: «¿Por qué buscáis al vivo entre los cadáveres?»

B.— ¿Y ahora...?

A.— Ahora? Que esa paz por que suspiráis es paz de cementerio, con ideas por cadáveres, y no es ahí donde encontrarás la vida, que es campaña sobre la tierra.